

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 163

25 cts

1 ABRIL
1928

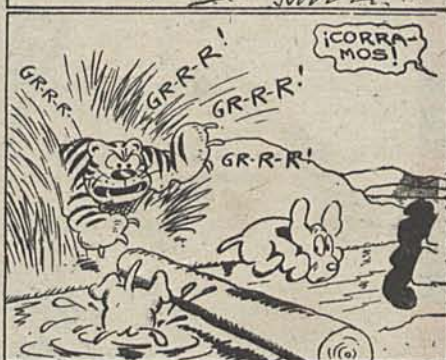


- MIRA PINOCHO, SI ME CONVIDAS A COMER TE
DARÉ UN CONSEJO QUE PUEDE VALERTE MUCHO DINERO.
- ACEPTO; VENGA EL CONSEJO.
- PUES EL CONSEJO ES QUE NO CONVIDES A COMER A NADIE.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright Pine Publishing Co. (New York World) 1937.

EL NAUFRAGIO DE LA DORDOÑA

(Continuación.)

La *Dordoña* navegaba a todo vapor, meciéndose sobre las ondas. Torrentes de humo salían de sus dos chimeneas, y las potentes máquinas mugían sordamente, haciendo crujir los costados del buque.

Ya había cubierto otra milla, hudiéndose de vez en cuando en los desfiladeros de las olas.

—¡Tierra a Levantel!

—¡Los islotes! —exclamó el capitán, palideciendo.— ¡Hay que evitarlos!

Los marineros lanzaronse a las muras, prontos a maniobrar para que el barco pudiese costear los temidos peñascos sin abordarlos.

El mar en aquel sitio estaba imponente. Montañas de agua se despeñaban sobre la *Dordoña*, levantándola como si fuese una pluma, precipitándola en el seno de las olas y sacudiéndola tan impetuosamente que los tripulantes apenas podían mantenerse en equilibrio.

A veces, un golpe de mar barría la cubierta, inundándola de una a otra amurada, y arrebatando todo aquello que no estuviera asegurado con el cordaje.

Al resplandor de los relámpagos, el capitán y el segundo pudieron distinguir también un grupo de altos escollos, que se corrían hacia Levante. Eran los islotes de San Pablo. El momento era terrible, y más aún

porque el barco ya no obedecía al timón. Bastaba un fallo de la barra para que se estrellara contra las rocas.

El viento, como si la furia del mar le inspirase envidia, era cada vez más impetuoso; había alcanzado la velocidad de los grandes huracanes y amenazaba destrozarse los palos de la desgraciada nave. Ya se había llevado un estay después de rasgarlo, y las velas redondas, desplegadas para ayudar al timón, aunque algo ceñidas, podían correr igual suerte.

Al Sur, cuando las nubes subían, destacábanse a intervalos los áridos perfiles de los islotes, azotados horriblemente por las olas.

—¡Capitán —gritó el segundo, que comenzaba a perder la calma.— ¿Podremos pasarlos de largo? Las olas nos arrastran en esa dirección y las máquinas ya no pueden resistirlas.

—No lo sé —respondió el capitán, que veía reducirse con espantosa velocidad la distancia que los separaba de los escollos—. Si nos salvamos, habrá que encender dos velas a Nuestra Señora de Lourdes.

Las máquinas funcionaban rabiosamente para sobre-

pujar los poderosos embates de las olas; pero las dos hélices de popa, que con frecuencia giraban en el vacío, a causa de las espantosas orzadas del buque, sólo a intervalos prestaban servicio.

El transatlántico, sacudido en todas direcciones, casi sin gobierno, iba fatalmente empujado a estrellarse contra las malditas rocas.

Alaridos de terror se escapaban de los pechos de los marineros, que se creían ya perdidos sin remedio. Solo dos hombres conservaban aún cierta calma: el capitán y el señor Marau, que no se

separaba de su aparato, dispuesto siempre a lanzar a las estaciones telegráficas de Europa y América la noticia del inminente desastre.

De repente, el transatlántico, después de una terrible arfada que le hizo hundir en el agua toda la proa, inclinóse bruscamente sobre un costado.

Se oyó en seguida un estrépito violentísimo, que repercutió en todos los salones y cabinas del buque, seguido de un espantoso clamoreo.

Los 220 pasajeros, reclusos en los salones, gritaban enloquecidos:

—¡Nos hundimos!

—¡Abrid!

—¡El agua! ¡El agua!

En aquel mismo instante el maquinista se presentaba sobre cubierta, pálido como un muerto.

—¡Capitán! —gritó entre jadeos.— ¡El agua está entrando en la sala de máquinas!

—¿Se apagan los fuegos? —dijo el capitán.

—Todavía no, pero la quilla debe de estar hecha pedazos.

—Hay que resistir hasta que tengáis el agua a la cintura.

La *Dordoña* permaneció un momento inmóvil; luego, una montaña de agua levantó el buque a gran altura, despidiéndolo a considerable distancia de los peñascos de San Pablo.

Todavía no se iba a pique, pero los destrozos sufridos a causa del choque acaso fueran irreparables.

Parecía habersele abierto una grieta bajo la línea de flotación, por donde empezaba a caer agua. El peligro no era inmediato. La *Dordoña*, como todos los buques modernos, estaba provista de compartimientos estancos, de modo que podría mantenerse aún durante algunas horas a flote.

Había, por consiguiente, para preparar el salvamen-





to de los 220 pasajeros y de la tripulación.

El capitán esperó a que el buque se alejase de los escollos, temiendo que las olas acabasen por despedazarlo, y mandó abrir una escotilla para que el pasaje pudiera subir.

Un torrente humano volcóse sobre cubierta, gritando, sollozando y chillando. Las mujeres, sobre todo, locas de terror, ocasionaban tal confusión que los marineros no podían oír las voces de mando del capitán y de los oficiales.

—¡Calma! ¡Calma! —gritaban en vano los marineros.— No hay peligro.

Sus gritos se perdían entre los alaridos de las mujeres, los chillidos de los niños, las imprecaciones de los hombres.

Y mientras tanto, el océano, lejos de calmarse, parecía aumentar su furia. Golpes de mar se estrellaban contra las muras y se volcaban por encima de ellas, aterrando a aquella masa de seres enloquecidos y destrozando las lanchas, que en su mayoría habían desaparecido ya. El capitán consultaba con los oficiales para decidir. La *Dordoña*, aunque comenzaba a hacer agua, no se hundía sino poco a poco; pero había que apresurar el salvamento de toda aquella gente, cosa nada fácil con aquel oleaje.

Las pocas lanchas que quedaban no podrían resistir su violencia.

—Hagamos una balsa. —dijo el contramaestre, que era el más viejo de todos y estaba muy considerado aun entre los oficiales—. Podemos demoler la cubierta, que es de madera, y armar una plataforma que nos sostenga a todos.

»Yo me he salvado tres veces en balsa, y espero que la cuarta vez no me salga mal tampoco.»

El consejo fué aceptado por unanimidad, y las órdenes circularon rápidamente entre los marineros para que empezaran sin tregua a construir la balsa.

Pocos momentos después, los tripulantes, armados de hachas picaban furiosamente todas las piezas de madera del buque, entre una confusión enorme que aumentaba por instantes.

Los pasajeros, cuyo terror no disminuía ni mucho menos, constituían un estorbo para el trabajo de los marineros. Persuadidos de que el buque se iría a pique antes de que la balsa estuviera terminada, trataban de apoderarse de las dos lanchas que los golpes de mar habían respetado. Primero suplicaron, amenazaron después, y algunos blandían furiosos diversos objetos, decididos a imponerse por la fuerza.

Pero los oficiales no se dejaban intimidar, y con los revólveres preparados custodiaban las lanchas y trata-

ban de empujar hacia proa a aquella masa turbulenta, para que no entorpeciese la labor de la marinería.

Las riñas se sucedían con frecuencia, sin que el capitán consiguiese apaciguarlas siempre. Algunos pasajeros se habían lanzado ya por varias veces contra los oficiales, gritando como energúmenos.

—¡Echad las lanchas al agua! ¡No queremos ahogarnos, canallas! —El miedo los convertía en irracionales, y no querían comprender que aquellas embarcaciones no habrían podido resistir un solo momento los furiosos embates del mar.

Entretanto el trabajo adelantaba rápidamente. Los marineros no descansaban, y sin levantar cabeza seguían clavando tablas, atando penoles, vigas y barriles, que subían de la bodega después de vaciarlos.

La *Dordoña* continuaba resistiendo, pero poco a poco se anegaba la bodega. Los fuegos se habían apagado, y el personal de máquinas hubo de verse obligado a subir precipitadamente a cubierta, para no sucumbir bajo las aguas.

Al amanecer, la balsa estaba terminada ya. Era una plataforma inmensa, que ocupaba toda la popa del transatlántico; y no obstante, a duras penas sería capaz de contener a toda aquella gente.

Como el mar se había calmado un poco, el capitán acababa de dar orden de lanzarla al agua, cuando de entre los pasajeros que se habían apretujado a proa salieron gritos de espanto:

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

La *Dordoña* se había inclinado de pronto hacia proa y descendía aceleradamente. Los mamparos de los compartimientos no habían

podido resistir sin duda la enorme presión del agua, y el buque, al aumentar repentinamente de peso, no podía ya mantenerse a flote.

En medio del tumulto indescriptible que sucedió a aquellas voces, entre los lamentos y el llanto de las mujeres, los gritos desesperados de los chiquillos, las órdenes de los oficiales, se oyó al señor Marau gritar con voz tonante:

—¡Embarcad la máquina telegráfica! ¡Es nuestra salvación!

El capitán oyó aquella voz y comprendió al punto la importancia del consejo.

Mandó lanzar la balsa, que ya habían izado con las árganas hasta la borda, reteniéndola con gruesos cables para que las olas no se la llevasen, y luego, con cuatro marineros, dirigióse hacia el aparato Marconi, y lo acomodó precipitadamente en una caja.

—A vosotros lo confío —dijo a los marineros. Nuestra salvación depende de esta máquina.



(Concluirá en el número próximo.)

DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación.)

—Muy bien; cuéntamelo todo.

—A sus órdenes.

Mauriscal tosió fuerte para aclararse la voz y empezó diciendo:

—Apenas bajamos a tierra, obedeciendo sus órdenes, me apresuré a informarme con los indígenas del interior del lugar en donde se encontraba la *diosa del agua*. «¿La diosa del agua? —replicaron aquellos individuos.— Ya no hay diosa del agua.» «¡Cómo!» —grité, poniendo sin querer la mano en el revólver. Aquella acción asustó a mis interlocutores que, todo temblorosos, me contaron que la *diosa del agua* se la habían llevado unos hechiceros de la tribu para que no se marchase con los hombres blancos. «¡Ah, bribones! ¡Ahora me las pagaréis!...» Hago que me indiquen el sitio en donde se han escondido los hechiceros, mando a cuatro salvajes que me sirvan de guías, y en marcha. Había una hora larga de camino, por en medio del bosque, para llegar a la cueva en donde se escondían, y habríamos llegado a tiempo de sorprender a los bribones y de libertar a la mujer si unos centinelas no hubiesen dado la señal de alarma, permitiéndoles escapar. ¿Sabéis qué hice? Pues dividí a mis marineros en cuatro grupos con orden de batir el bosque en cuatro direcciones distintas, dando aviso del éxito con tres disparos de fusil a tres minutos de distancia, y empecé la batida.

—Comprendido, amigo Mauriscal; abrevia.

—Como guste. Claro es que a las dos horas, gracias a mis medidas, los hechiceros juntos con la *diosa del agua*, sana y salva, habían caído en nuestras manos, poniéndose en fuga sus secuaces. Ahí están los tres esperando sus órdenes.

Mauriscal había terminado.

—Muy bien, amigo mío —le dijo Barenval, apretándole la mano—. Vete a descansar con todos tus compañeros, pues debéis estar cansados. Vosotros habéis cumplido con vuestro deber; ahora yo voy a cumplir con el mío.

Y se dirigió, seguido de Jones, hacia el grupo de marineros, que tenían entre ellos a dos indígenas cubiertos de amuletos y fetiches toscamente labrados, y a una mujer que, a primera vista, podía ser tomada por una de la isla.

Barenval dió orden de dejar en libertad a los hechiceros, y, volviéndose a la desconocida, le dijo en inglés:

—Señora, ¿no me conoce?

—Sí —contestó aquella, después de un momento de duda—. He hablado con usted hace unos cuantos meses; pero no sé cómo se llama.

—No importa. ¿Recuerda la promesa que le hice?

—¡Sí, la recuerdo!... Ha llenado toda mi vida durante estos últimos meses.

—En tal caso. Sígame...

El capitán, la mujer misteriosa y Guillermo Jones bajaron a la cámara de popa y dirigieron a un camarote cerrado y vigilado por un centinela junto a la puerta.

Barenval apartó al marinero de guardia y con el puño dió tres golpes en la puerta.

Esta se abrió, y el capitán, señalando el camarote a la mujer desconocida, le dijo simplemente.

—Entre usted, señora...

Hubo un instante de silencio profundo, solemne, impresionante; después estallaron dos gritos:

—¡Madre mía!

—¡Maud! ¡Maud! ¡Hija mía idolatrada!

Viéronse dos cuerpos humanos estrecharse con ímpetu, cuatro brazos enlazarse en una explosión de suprema felicidad, y dos bocas unirse de tal modo, que parecía que no tenían que separarse jamás.

De pronto, en medio de aquel dulce y tácito cuadro de amor, estalló el sordo ruido del cañón colocado como vigía en lo alto del islote, indicando a todos un misterioso y tremendo peligro.

Instintivamente, las dos mujeres, la madre y la hija, dejaron de abrazarse, dirigiendo la mirada al rostro grave y severo del capitán pirata, cuando una voz potente gritó desde el puente del barco:

—¡Alerta, marineros!... Cuatro, cinco buques de guerra a la vista.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

El abismo del rajá.

I

Después de un fracaso.—El artículo de Monitor.—Nuevas esperanzas.—De que manera Chicottry y sus compañeros conocieron al señor Shaw y de lo que sucedió después.—La escuadra americana.—Maud reza.—Rodolfo de Barenval declara la guerra sin cuartel.

Eran las cinco de la tarde del 10 de noviembre, y el almirante Wilson, el señor Touchet, el teniente Bonnet y el malayo Sud-harah de regreso de su desdichada expedición de Monte Rey que había terminado para ellos en un nuevo e irreparable fracaso, estaban reunidos en una habitación del *Central-Palace*, que en aquel tiempo era como de los mejores hoteles de San Francisco de California.

Mudos, avergonzados, sin fuerza ni voluntad para proseguir su empresa, reflexionaban acerca de lo inexorable del destino, que parecía haberse puesto de parte de sus enemigos y en contra de ellos.

El almirante, en pie delante de la cerrada ventana, con la frente apoyada en un cristal, contemplaba, sin verlo, tan absorto estaba, la larga perspectiva de casas altísimas que se alzaban en la calle de enfrente, cuando llegó de allí, entre el estruendo de la vía, la voz estentórea de un vendedor de periódicos que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

«El *Monitor* de ahora... grandes noticias... La extraordinaria aventura del multimillonario Shaw... Un yate, sor-

prendido por un torpedero, robado... Los piratas del Pacífico... El *Monitor* que acaba de salir...»

Wilson al oír aquellos gritos estremecióse, y dominado por una irresistible curiosidad, dirigióse a la puerta.

—¿Dónde va usted? —le preguntó el teniente con voz triste.

—Voy a comprar un periódico.

—Perdone la indiscreción.

—No tengo nada que perdonarle, hijo mío.

Cipriano quedóse mudo; Wilson movió la cabeza y abrió la puerta para bajar a la calle, pero en la misma puerta encontróse con Chicottry que entraba.

—¿Sale usted señor almirante? —le preguntó el agente.

—Sí, voy a comprar un periódico.

—¿El *Monitor*, quería?

—Precisamente.

—Pues no se moleste, si no es más que por eso, pues aquí lo traigo y está a su disposición. Venga, lo leeremos juntos. Trae cosas muy interesantes.

Y el excelente Chicottry, que siempre tenaz, como buen policía, había estado todo el día a caza de noticias y de indicios, acabó de entrar, puso una silla junto a la ventana, sentóse y después de una rápida ojeada a las primeras columnas se detuvo en la crónica de la ciudad.

—Leamos esto y no pierdan una palabra.

Los demás le rodearon y él empezó a leer en alta voz.

«Extraordinaria aventura del multimillonario Shaw.

»San Francisco, 9 del corriente. A bordo del *Australia* ha llegado mister Arturo Willian Shaw, nuestro paisano y uno de los reyes de la banca americana, conocidísimo por sus fabulosas riquezas, que le colocan al nivel de los Wanderbilt, de los Astor de los Morgan, etc., etc.

»El señor Shaw ha venido hoy a nuestra redacción y nos ha relatado la siguiente aventura, de la que fué víctima en su último viaje a Australia.»

Luego eran descritos exactamente los pormenores de la empresa llevada a cabo por Collap —ya conocida de nuestros lectores— que había costado al multimillonario americano la pérdida de un magnífico yate y unos cuantos meses de grandes privaciones en las regiones desiertas del continente austral, en donde le había desembarcado junto con su gente el propio e inexorable Collap.

Después el *Monitor* proseguía diciendo:

«Ayer, una extraña casualidad hizo que el señor Shaw, al entrar en la bahía, reconociese su *Estrella de la Unión* en aquel magnífico yate que por lo raro de su bandera izada a popa despertaba la curiosidad de todos los que frecuentaban el puerto.»

»Desgraciadamente, el barco robado por los piratas del Pacífico se dirigía en aquel momento a un destino desconocido, y mister Shaw nada ha podido hacer para recobrar su hermoso barco.»

»Pero nos consta que está decidido a ejercer toda su influencia cerca del gobierno de Washington para obtener satisfacción de la afrenta y de los daños sufridos.»

»Y nosotros, desde estas columnas, unimos nuestras voces a la suya para exhortar a los señores de la *Casa Blanca* (1) que inicien una liga entre las marinas de guerra de todo el mundo civilizado, si es preciso, para quitar de en medio esta vergüenza del siglo, consistente en una piratería audaz, impune, triunfante, que dificulta la libre expansión del comercio en los mares indios, polinesios, esparciendo el terror entre los navegantes, como si no les bastasen los peligros del océano.»

—¡Muy bien! —exclamó el almirante, vibrante como un corcel de guerra a los sonos de una banda militar.— ¡Estos periodistas escriben estupendamente bien!

—El señor Shaw me parece una excelente persona —añadió Cipriano animado de una nueva y sutil esperanza.

El malayo no abrió la boca.

—Soy de su mismo parecer —dijo Chicottry.— Y por lo mismo les hago una proposición.

—Vamos a ver.

—Que vayamos a visitar al excelente señor Shaw para relatarle lo que nos sucede y ofrecerles nuestros servicios, puesto que se trata de dar la caza a la misma persona.

Wilson, el teniente, el señor Touchet y Sud-harah cogieron con sorprendente simultaneidad el sombrero, gritando:

—Vámonos, vámonos en seguida.

—Sí, vámonos sin pérdida de tiempo —replicó Chicottry.— Pero no añado como otras veces: ¡Tengamos esperanza!, porque la experiencia me ha demostrado que es de mal agüero proferir esta palabra.

—No importa. Es preciso luchar hasta lo imposible. Dios nos ayudará, porque nuestra causa es santa.

Salieron a la calle y no tuvieron que fatigarse mucho para encontrar la vivienda del riquísimo americano.

El señor Shaw poseía en *Montgomery-streed* uno de los palacios más hermosos de San Francisco que el terremoto destruyó. Acogió con fría y mesurada cortesía a los cinco visitantes.

Pero cuando supo con quienes trataba y el objeto que les guiaba, se convirtió de repente en otro hombre.

—¡Vive Dios! —gritó, apretando los puños.— ¿Vienen ustedes a hablarme de aquel canalla?... Estoy a su completa disposición.

Y dejó escapar una serie de juramentos tan originales dirigidos a los piratas, que los cinco amigos se echaron a reír.

—¿Les tiene usted rabia? —preguntó Chicottry.

—¿Si les tengo rabia? Les odio a muerte. Me han obligado a llevar la vida de Robinsón durante tres meses en los desiertos de Australia, después de haberme robado un yate que valía un millón; y si he podido llegar a un puerto frecuentado, después de mil privaciones, y salvarme no ha sido seguramente por su voluntad.

—¡Bribones!

—¡Malvados! Aunque tuviese que gastarme hasta el último céntimo juro que me las han de pagar.

—¡Vive Dios! ¡Es usted el único hombre capaz de triunfar en esa empresa y triunfará!

—¿Lo cree usted?

—Sí, y sin que haga falta quedarse en la miseria.

—¿Es que usted sabe algo?

—Sí.

—Hable, pues...

—Conocemos dos de los lugares en que se refugian los piratas.

—Nómbrelos.

—El primero es la Isla de los Salvajes, llamado Miné en lengua indígena.

—¿Dónde se encuentra?

—En la Polinesia.

—...hará falta conocer el grado preciso de latitud y longitud.

—Para ello —dijo Wilson— hará falta consultar al Almirantazgo.

—Le consultaremos. ¿Y el otro refugio?

—El Golfo de Tomini, en la Isla de Célibes.

—¡Lo que nos van a hacer correr esos canallas!

—¿Qué importa?... Correremos todo lo que haga falta hasta cogerlos —contestó el agente francés.

—Muy bien dicho; ¿pero, los cinco quieren ustedes tomar parte activa en la empresa que voy a intentar?

—Es más: se lo suplicamos.

—No hace falta. Son ustedes unos preciosos auxiliares y, ahora que conozco sus propósitos, no les dejaré escapar.

(Continuará en el número próximo.)

(1) Palacio habitado por el Presidente de los Estados Unidos.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡HERMOSÍSIMA MAÑANA! ¿NO
OYES COMO PÍAN LOS PAJA-
RITOS?

¡QUE MAL OIDO TIENE USTED!
LO QUE SE OYE NO SON
LOS PAJARITOS, ES EL BO-
RRRIQUILLO DEL AGUADOR.



SEA LO QUE SEA, HOY TENE-
MOS QUE COMER EN EL CAM-
PO. ME DICE EL CORAZON
QUE EL CAMPO NOS ES-
PERA

SI SEÑOR!
AMÍMELO
DICE TODOS
LOS DIAS Y
USTED EN
VEZ DE HA-
CERME CASO
ME MANDA A
LA ESCUELA



¿NO OYES, ¡OH CURRINCHE!
COMO CANTA ESE ARROYUE
LO CON LAS CRISTALINAS CUE-
DAS DE SUARPA?

POR AQUI NO SE VE
NINGUNA ARPA. LO
QUE VEO ES UNA
LATITA DE SAR-
DINAS ¡AY!
VACIA.



SITUVIERAS EL ALMA DE POE-
TA QUE YO TENGO SENTIRIAS
LA DULCE CARICIA DEL ESTOR-
NUDO DE LAS MARIPOSAS



¡ME PICÓ! ¡ME PICÓ! YO CREO QUE ME
HA CLAVADO UNA ESTILOGRÁFICA EN LA
CORONILLA

¡VAYA CHICHÓN QUE SE
LE ESTA LEVANTANDO! ME
PARECE QUE LEVA A SALIR
POR AHÍ OTRA CABEZA



NO SE PREOCUPE QUE NO SE
RA NADA. MI TIO SE
CURA LOS CHICHONES
CON CATAPLASMAS DE
AGUA FRESCA

¿PERO ES QUE
LE PICAN MU-
CHO LAS AVIS-
PAS?

NO; PERO SE
LOS HACE MI
TIA



¡TU TIA! ¡COMO
NOS HAN PUES-
TO!



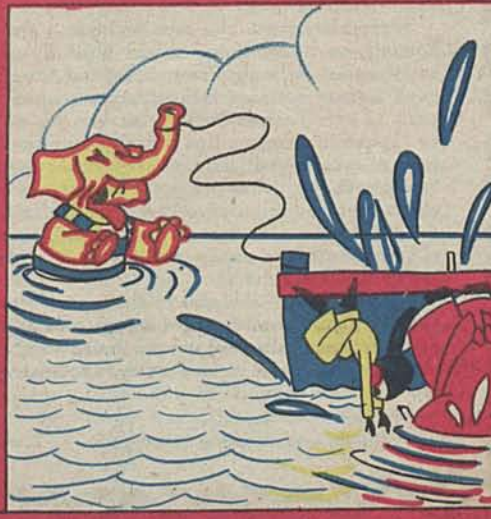
MIRA, CURRINCHE QUE TRAN-
QUILO ESTÁ EL LAGO. YO CREO
QUE DUERME

DON TURU
NO SE FIE
DE LAS
AGUAS
MANSAS



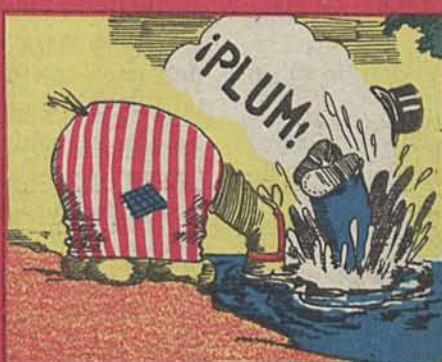
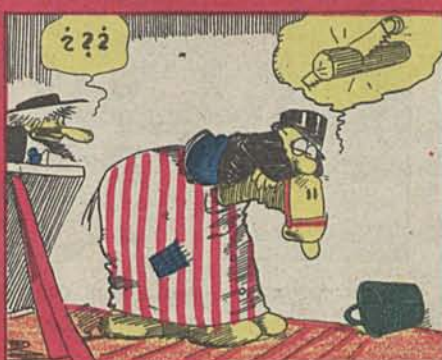
POR SI ACASO, ATARE LA BARCA EN
AQUELLA ESTACA NO SEA QUE VEN-
GA UNA OLA Y ¡ZAS!

¿MARINA YO PAR-
TO MUY LEJOS
DE AQUI?





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



CUENTOS DE CALLEJA

EL ESPEJO DE LUISITA

Casillo



UÁNTO más dichosa que hoy era la humanidad en los tiempos de las hadas! Cualquiera deseo de alma cándida e inocente, por difícil que fuera, se realizaba enseñada.

En aquellas épocas, que pasaron para no volver, se creía en palacios de ópalo, mármol y pórfido, con pavimentos de diamante y jardines encantados; tenía por cierto que la tierra se abriría al mandato sólo de una varita mágica, para tragarse a los perversos y malvados, mientras las florestas misteriosas estaban pobladas de bellísimos carros tirados por palomas o mariposas. Pero ya desapareció la última hada. Murió de pena al ver destruido su último regalo.

Las desavenencias y combates que existían entre las buenas y las malas hadas, en tiempos cuya memoria se ha perdido, fueron causa de que desaparecieron casi todas.

Algunas hadas traviesas sobrevivieron, de modo que apenas tenían rivales, y desviaban el espíritu humano del buen sendero con sus mal intencionadas sugestiones.

Una hada buena, la última de todas, escapó, sin embargo, a la triste suerte de sus hermanas.

Se refugió en una aldea, llamada el *Valle de las rosas*, donde se encontraba una niña huérfana, de maravillosa hermosura.

Al mirarla el hada, resolvió hacerle el don de su poder y regalarle su varita mágica.

Llamábase la niña Luisita, y estaba dotada de sensibilidad tan delicada, que el menor contratiempo le llenaba de lágrimas los ojos.

El hada decía que el corazón de Luisita era como un alfilerero, en el cual los alfileres se deslizan sin esfuerzo; con la diferencia de que el corazón de la niña sangraba al sufrir el más leve pinchazo.

De ese modo llegó a cumplir dieciséis años.

El hada regaló a Luisita un espejo de luciente acero con marco de oro, y la dijo:

—Siempre que alguien te hable, mira su imagen en esta brillante luna y verás si se trata de una persona amiga o enemiga.

Así lo ofreció la niña, y desde entonces en cuanto alguien la hablaba miraba con disimulo a su espejito y en él veía retratado el interior de las personas.

Antonio, el zapatero, la dió un día un caramelo, al mismo tiempo que la ofrecía un afecto fraternal.

Pues en el espejo vió que dentro del caramelo iba un grano de acíbar, y que lo que quería aquél era divertirse a su costa en cuanto la viera hacer muecas a causa del amargo que iba en el dulce.

Otra vez, estando sentada en un banco de la alameda, se le acercó un militar de erizados bigotes, flotante pluma en el sombrero y formidable espada, el cual, después de saludarla, se sentó a su lado y comenzó a contarla sus proezas. A creerle, había muerto setecientos moros por su propia mano, degollándolos con un mondadientes; había to-

mado seis castillos por asalto, arrojando a sus defensores a escobazos, y, por último, con una zapatilla vieja por toda arma había propinado una soberbia azotaina al sultán de Turquía.

Luisita, maravillada ante el relato de tantas atrocidades, miró con disimulo a su espejo y vió en él que el tal militar era más cobarde que una rata, y que todas sus hazañas se habían reducido a correr como un gamo en cuanto oyó el primer tiro, escondiéndose entre unas matas, por cuya heroicidad le propinaron cincuenta palos. La joven sonrió ante aquel inesperado espectáculo; el soldado, al ver aquella sonrisa, exclamó:

—¿Es que no creéis lo que he dicho? Pues sabed que estoy dispuesto, para convenceros, a derribar esta alameda a cintarazos, a comerme los árboles y a subir lue-





go a descolgar unas cuantas estrellas para que os las cosais en la falda.

Miró la joven en su espejito y en él vió al militar huyendo despavorido de un perro faldero, y sonriéndose nuevamente, le dijo:

—No derribéis la alameda, porque nos vamos a quedar sin sombra; ni os traguéis los árboles, porque no los vais a digerir, y, sobre todo, no subáis a descolgar las estrellas porque están muy altas y os podéis dar un formidable batacazo.

—Pues mandadme hacer algo—repuso el militar con brío.

—Si os empeñáis en hacer algo en favor mío, buscadme una paloma que se me ha perdido y no puedo dar con ella. A un hombre que es capaz de subir a las estrellas le será muy fácil encontrar en la tierra una paloma blanca que tiene en el cuello dos manchas verdes.

—¿Que si me es fácil? Mañana a estas horas la tendréis en vuestra mano, aunque se haya escondido debajo de los cimientos de las casas o esté nadando en el río o bogando por el mar.

Y dicho esto se despidió el militar, poniendo la mano en la espada como si amenazara con ella al aire, a la tierra y al abismo.

Al volver Luisita a su casa se encontró a un joven vecino suyo que la quería como a una hermana. Al verla preocupada, la preguntó cuál era la causa de su tristeza, y ella repuso que se la había perdido su dulce amiga la palomita, y que deseaba encontrarla a toda costa. Fernando, que así se llamaba el joven, ofreció hacer lo posible por buscar el ave perdida, y, al mirar Luisita su espejo, vió en él que, en efecto, aquel muchacho la quería de todas veras y estaba dispuesto a esforzarse en complacerla.



Al día siguiente, y cuando más preocupada estaba la muchacha por la pérdida de su paloma, vió venir hacia ella a su amigo Fernando, llevando en la mano al esperado animalito, que en vano agitaba sus blancas alas en demanda de libertad.

—Aquí la tienes—dijo el joven—; iba a ser víctima de un gavilán, cuando yo

con mi escopeta, le maté, salvando a tu palomita.

Luisa agradeció en el alma el recuerdo de Fernando, y cogiendo la paloma empezó a acariciarla. En aquel momento llegó el militar atusándose el bigote y llevando en la mano izquierda una paloma. Luisa escondió la suya bajo su esclavina y esperó las razones del recién llegado.

—Aquí está el animalito que buscabais—exclamó lleno de orgullo el soldado—.

He tenido que ir a buscarlo hasta la China, adonde había ido la pobre en busca de arroz. La tenía un mandarín que gasta-

ba unos bigotes de a metro y una trenza que le arrastraba. No quiso darme por buenas la paloma, y entonces, de un soplo le he afeitado la cabeza, el aire le ha constipado y, al estornudar, se ha roto la nariz contra una puerta. Verdad que mi soplo fué tan fuerte, que derribó sesenta y seis casas que había en fila detrás del mandarín. Entonces le cogí la paloma y aquí está.

Miró la niña su espejo y vió en él al militar comprando una paloma blanca en el mercado, y dijo:

—No teníais necesidad de ir a la China porque mi paloma está aquí,

Y al decir esto, mostró la que tenía oculta.

—¿Cómo es eso—gritó el militar—, si la misma paloma me ha dicho que era vuestra? Me comería una montaña, de rabia que me da. Y ¿quién la ha traído?

—Yo—exclamó Fernando con aire severo.

El militar le miró un momento con aire de bravo; pero al ver que el muchacho no se asustaba, dió media vuelta y se marchó diciendo:

—En vez de comerme la montaña, me comeré la paloma y en paz. Siempre sabrá mejor.

Cuando el soldado desapareció, Luisita y Fernando rieron mucho a costa del falso bravucón; y por fin volvieron a su casa, acordando romper el espejito, que sólo tenía inconvenien es, porque es preferible creer lo que nos dicen, sobre todo si no nos llevan dinero por la noticia, a tomarse el trabajo de averiguarlo con espejitos mágicos, que a lo mejor no dicen la verdad.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



¡DIME, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Lo primero que quiero saber es si a ti te gusta el juego de *foot-ball*.

—Mucho, querido amigo. Todos los deportes atléticos me distraen mucho, y entre todos es el *foot-ball* el que me entusiasma más.

—Algo encontrarás en este juego que atraerá tu atención más que los otros.

—Desde luego; creo que de todos los juegos es el que más pone a prueba las cualidades físicas, morales e intelectuales del jugador.

—Así lo creo yo también.

—Y lo mismo que nosotros lo creía el gran general inglés Wellington. Por eso dijo que «en los terrenos de *foot-ball* es donde Inglaterra aprendió a ganar la batalla de Waterloo».

—Bueno, querido buho, no hace falta para eso ponerse tan serio. Has puesto una cara de feroche que parecías el mismísimo Wellington.

—¿Pero tú lo has conocido?

—Yo no, pero me lo figuro. En fin, vamos a dejar esas cosas tan serias y hablemos del *foot-ball*. Debe de ser muy antiguo este juego, ¿verdad?

—Antiquísimo. Unos atribuyen su origen a la época de los griegos y otros a la de los romanos.

Lo que sí es un hecho concreto, atestigüado ya con documentos, es que en el año 1050 hubo de intervenir con edictos el rey Haroldo para poner coto a ciertas extralimitaciones que se cometían en este juego y que daban lugar a frecuentes accidentes y aún a muertes entre los jugadores, ocasionadas por incidencias del mismo juego.

—Pero ahora está reglamentado y es muy difícil que ocurran hechos tan desagradables.

—El reglamento por que se rige actualmente tuvo su origen en los Clubs deportivos de Londres, y se mantiene, salvo ligeras modificaciones, tal como se concibió en un principio. El campo en que se juega el *foot-ball*...

—Oye, querido buho, perdona mi interrupción, pero quiero hacerte una pregunta. ¿No hay ningún nombre castellano con que designar a este juego? Porque eso de *foot-ball* me suena muy mal, y además no sé lo que quiere decir.

—Tienes una razón enormísima, querido Chononcito. *Foot*, que se pronuncia *Fut*, quiere decir pie, y *Ball*, que se pronuncia *bol*, quiere decir pelota o balón. Pero tienes mucha razón en exigirme que te lo diga en castellano, porque con la palabra balompié está admirablemente designado el juego.

—Y así no tengo necesidad de pronunciar las letras de un modo distinto a como se pronuncian en mi idioma, que es el castellano.

—Ni una palabra más. Ya sabes que estamos de acuerdo. Decía, pues, que el campo en que se juega el balompié es un terreno completamente llano y de forma rectangular. Por su parte más larga no puede exceder de 180 metros, y por su dimensión más estrecha no puede pasar de 90. En el centro de este lado menor se halla colocada la meta, que es el sitio por donde hay que meter el balón para apuntarse un tanto.

—O sea un *goal*.

—Yo le he llamado tanto para darle denominación española.

—¿Es muy ancho el espacio de la meta?

—Ha de tener 7,30 metros de ancho por 2,40 metros de alto.

—Esta altura será la que hay desde el suelo al palo larguero, ¿no es eso?

—Exactamente. Ahora vamos a suponer que presenciemos un partido de balompié.

—Eso es; y que yo estoy colocado contigo en primera fila para verlo bien.

—En la fila que tú quieras, porque bien barato te va a costar. Veremos que el campo está dividido en dos mitades y que cada mitad está ocupada en formación correcta por sus respectivos bandos. Empezando por la mitad del campo y dirigiéndonos hacia la meta, vemos primero a cinco delanteros, luego tres medios, después dos zagueros y, por último, un portero o guardameta.

—Conforme; pero veo también un señor que viste de modo distinto a los demás y que casi constantemente está dando señales con un pito.

—Ese señor es el juez de campo o árbitro. Su misión es hacer cumplir estrictamente las reglas del juego e imponer castigos a los infractores de estas reglas. Sus fallos son inapelables y se le debe obediencia absoluta.

—Será preciso que me digas cuándo se falta a las reglas del juego para que yo me pueda dar cuenta de la justa aplicación de los castigos.

—Pues en el balompié está prohibido tocar intencionadamente el balón con los brazos o con las manos. Tampoco está permitido dar puntapiés a los compañeros o poner la zancadilla para que caigan y, en general, hacer obstrucción con las manos o brazos separados del cuerpo para dificultar el juego.

—Bueno; ahora vamos a suponer que da comienzo el juego.

—Antes de empezar hay que echar suertes para ver a qué bando le toca hacer la salida. Una vez sabido esto, se coloca el balón en el círculo de saque, que está situado en el centro del campo, y el jugador que le toca sacar da un puntapié al balón en dirección a la meta contraria.

Durante este saque los jugadores del bando opuesto han de mantenerse a una distancia no inferior a 10 metros de la línea divisoria de campos. Los partidos deben durar noventa minutos, a contar de su principio y con un espacio intermedio de cinco a diez minutos, en el que se descansa y cambian los equipos de campo; es decir, que los que estaban en una mitad del terreno pasan a la otra.

—Comprendido. También recuerdo ahora haber visto a los lados del campo a unos señores que no juegan, pero llevan en la mano una banderita con la que frecuentemente hacen señales.

—Es exacto. Estos señores son los llamados jueces de pasa, cuya misión es avisar al árbitro por medio de la banderita todas las veces que el balón rebasa la línea de pasa, o sea que se salga del terreno habilitado para el juego.

—Conforme. Una duda me sugiere ahora, porque creo recordar que me has dicho antes que estaba prohibido tocar el balón con las manos a algunos de los jugadores.

—Tienes razón, Chononcito. Se me había olvidado hacer la debida excepción. Los únicos que pueden coger el balón con las manos son los porteros o guardametas; pero no les está permitido dar más de dos pasos llevando la pelota.

—Oye, hay otro juego llamado *rugby* muy parecido a éste, ¿no es cierto?

—Sí; pero ya no tenemos tiempo para charlar hoy más. Es la hora de terminar, así que punto en boca.

—Ni una palabra más.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ELEFANTE DESCABEZADO



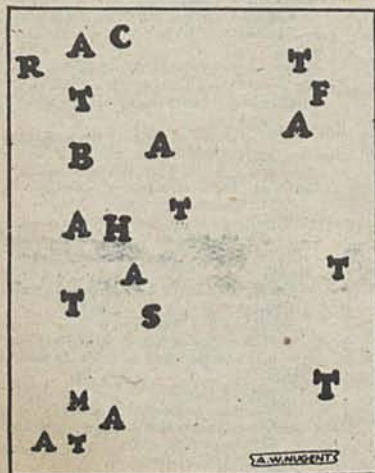
Se paseaba una vez un mono por la selva, cuando vió venir hacia él a una jirafa y a un elefante. Se quedó nuestro mono un poco parado, pues no sabía qué intenciones traían; pero cuando se dió cuenta de que el elefante venía con sombrero y y la jirafa con cuello y corbata, se le pasó en seguida el poco miedo que sintiera.

—¡Señor mono! —exclamó el elefante—. ¿Ha visto usted por aquí a mi hijo? El pobre ha perdido la cabeza, y es tal el disgusto que tiene, que se ha escondido y no lo encontramos.

Oír esto y echar a correr el mono, fué todo uno, pues con éste eran ya dos casos de perder cabezas los que se habían presentado en la selva. ¿Os acordáis del rinoceronte que también perdió la suya?

Os ruego me encontréis pronto al elefante descabezado para tranquilizar a su padre.

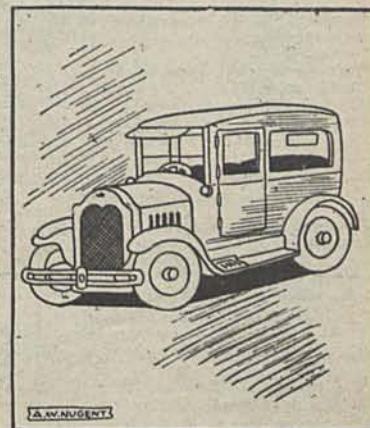
ROMPECABEZAS



Consiste la solución de este rompecabezas en trazar tres líneas rectas, de manera que formen siete departamentos, y dentro de cada departamento una sílaba de tres letras. Estas sílabas son: tar, tac, taf, tas, tha, tab y tam.

DIBUJO CON ERRORES

Ver este dibujo y hallar en seguida los errores, va a ser todo uno. Porque, ¿quién de vosotros no conoce un automóvil, cuando hay pinochista que se sabe de memoria todas las marcas? Como los errores son poquitos, no os pongo ejemplo; sólo os diré que tiene seis. ¿Cuáles son?



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.

Chistes.

Un inglés y un francés hablan de la alianza que une a sus respectivos países.
El francés se muestra entusiasta, encantado de ver a su patria unida con Inglaterra.
El inglés dice tranquilamente:
—¿Sabe usted qué es lo que yo encuentro mejor entre su patria y la mía?
—¿Qué?
—El mar.

JORGE Y ENRIQUE RAFFO.

¿Cuál es el funcionario de España que huele mejor?
El ser-eno de Pravia.

PACO SOLER.

—Estaba yo una vez cazando, cuando vimos una liebre que iba corriendo a todo correr, y yo la seguí sin tirar; la liebre andó, andó, andó...
—Por Dios, don Roque, no es andó, es anduvo.
—Bueno, lo mismo da; usted siempre ha de ser el mismo; pues, como decía, anduvo, anduvo y llegó a la orilla de un río, se tiró al agua y naduvo, naduvo, naduvo...

JOSÉ FUENBUENA.

¿En qué se parece un ladrón a un automóvil?
En que el automóvil sus lleva y el ladrón sustrae.

ANTONIO VILDÁSOLA.

¿A qué pescado hay que decirle un piporo para que salga del agua?
Al sal-monete.

JAIME LOIS.

¿Cuál es el animal que si se le muere la hembra no puede afeitarse?
El barbo, porque se queda sin barba.

¿Cuál es el animal que si se le muere la hembra se queda cojo?
El pato, porque se queda sin pata.

RICARDO ALONSO Y BETI.

En una estación.
El jefe.—¿Por qué cuando usted va a hablar por teléfono se pone la gorra mía?
El empleado.—Para que así crean que soy el jefe y me respeten más.

JOAQUÍN ZUGAZTI.

Profesor.—Vamos a ver, Pepito, ¿tres y tres cuántas son?
Alumno.—Tres.
Profesor.—No sabe usted sumar; a ver, ponga un ejemplo.
Alumno.—Tres perras chicas y tres perras chicas hacen tres perras gordas.

LUIS MEJÓN.

En el ayuntamiento.
—Venía por una licencia para abrir un bar.
—¿Y cómo se llama usted?
—Pastor.
—¿Y el bar, cómo se titula?
—Pastor Bar.
—¿Pastorbar se va usted a la calle.

LOLINA FERNÁNDEZ GARRO.

El colmo de un atleta.
Doblar una esquina.

El colmo de un afilador.
Afilarse los cuchillos de un pantalón.

I. SUÁREZ.



Chapete.
ANGEL LÓPEZ AMO.



Soy una torera.
TERESA LÓPEZ DÓRIGA.



Pinocho baila el charleston.
CLEMENCIA DAMIRÓN.



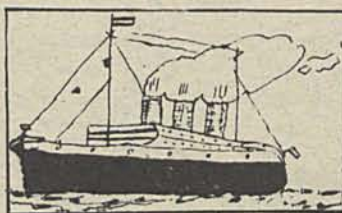
Chapete.
ANITA MARTÍNEZ.



Mi caballo.
PABLO RODRÍGUEZ.



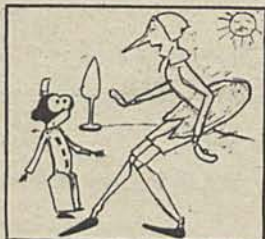
Mi amigo Currinche.
ROSARIO LOSADA.



El barco de Pinocho.
RAMÓN ALEGRE.



Maruru y Mariquita.
RAFAEL DE ABURTO.



—¿Sabes cuál es el animal que más alumbra?
—No lo sé.
—Pues el marido de la foca, que es el foco.

BAUTISTA NIETO.



Un niño bobo.

ELVIRA SERRANO.



Tin, jugando.

ANTONIO MIRET.



Perfil.
MARGARITA MADRAZO.



Pstipán y Cañamón.
R. LOSADA.



Corrida de toros.
FRANCISCO REGUERA.

Chistes.

En la playa:
—Papá, ¡yo quiero bañarme!
—No, hijo mío, que te puedes ahogar.
—¡Yo quiero bañarme!
—Pues bien; báñate, ya que te empeñas; pero si te ahogas, te mato.

Obediencia relativa:
La madre.—¡Pedrito, esta noche tenemos convidados; no vayas a pedir nada hasta que te lo ofrezca!
Luego, en la mesa, y en el momento de presentar el criado una fuente de pollo:
El niño.—Mamá, ofréceme pronto.

En un convento cerrado hay de monjas más de mil, y todas están cubiertas con un velo muy sutil.

—¿Qué es?

—La granada.

CÉSAR AUGUSTO DEL CAMPO.
Diez años.

¿Cuál es el colmo de un barrendero?
Pues barrer la sierra en un día de nieve.

¿En qué se parece mi muchacha a un auto?
En que se llama Mercedes.

Un transatlántico acaba de salir del puerto y los pasajeros se sientan a la mesa. Un caballero, muy mareado, que trata de comer, dice al camarero que le sirve:

—Esta chuleta está pasada.

El camarero.—Y eso qué importa; ¡para el tiempo que la va a tener en el estómago!

ANITA CONCEPCION CASARIEGO DE BEL.

Llega a su casa un señor con una borrachera y se pone a abrir la puerta de su casa con un cigarro puro.

Llega el sereno y le dice:

—Pero, hombre, ¡está usted abriendo con un cigarro!

El borracho, echando mano al bolsillo, dice:

—Entonces me he fumado la llave.

Un tabernero cierra, durante dos horas, la puerta de su establecimiento con el objeto de echar agua al vino, y pone en la puerta un cartel que dice:

—Cerrado por bautizo.

¿Cuál es el animal más divertido del mundo?

El burro; porque no hay un burro que «sen-aburra».

De los empleados del ayuntamiento, ¿cuál es el que tiene mejor humor?

El barrendero, porque «va-riendo».

Un sargento se puso a pasar lista y dice:

—«Fulano de Tal». «Presente». «Fulano de Tal». «Presente». «Fulano de Tal». «Presente».

Y así llega abajo de la hoja, y dice:

—«Simón Seguí». Nadie contesta. «Simón Seguí». Nada. «Simón Seguí». Nada.

Da la vuelta a la hoja, sigue leyendo y termina de pasar lista.

Va al capitán y le dice:

—A la orden de usted, mi capitán. No hay más novedad que la falta de Simón Seguí.

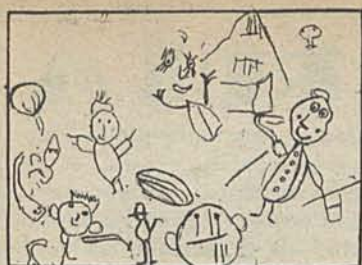
—¿Simón Seguí?

El capitán, cogiendo la hoja, le dice:

—¡Pero, hombre! ¡Suma y sigue!

M.ª ASUNCIÓN RODRÍGUEZ GARCÍA.

Diez años.



Gentesita artística.
ESPERANCITA BADA.



Una chula.
LOLITA ARENAS.



El hombre irascible.
MERCEDES SANZ.



Una casa de campo.
JUAN M. VILLARINO.



Caricatura.
MANUEL G. BADA.



Árabe.
MANUEL NIETO MOLINA.



En la Edad Media.
¡Vil escudero! ¡Sois
un follón y un malan-
drin!
—A ver si voy por
el abrelatas y le doy
dos manguzas a vues-
tra merced.
MANUEL NIETO.



Bailando con alegría.
MARÍA LUISA ABADAL.



Primavera.
AURORITA CARRASCO.



Mariquita y su Pelacho.
NIEVES BAUDRÉS.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un carbonero?
Tirarse desde un tercer piso y hacer-
se cisco.

FELIPE LÓPEZ.

El colmo de una cocinera.
De una falda de la señora hacer una
pa ella.

TOMÁS MUÑOZ SORIA.

El de un carpintero.
Serrar la isla Madera con la Sierra
Nevada.

PILARÍN PÉREZ FERNÁNDEZ.



Retrato.
JOSÉ RUEDA.



Colón y su navío.
M. N. MOLINA.



Don Turu.
R. L.



Buena patada.
G. MONJE.



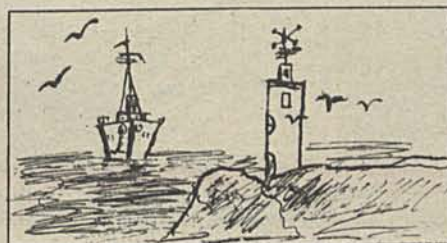
Un griego.
JOSÉ CASANOVAS.



¡Viva Pinocho!
ELVIRA SERRAKO.



El rata.
RAMÓN JUGO.



Un faro.

RAFAEL RODRÍGUEZ.



Pinocho.
MIGUEL NIETO.



Retrato.
ROSARIO LOSADA.



Una góndola.
JUSTO RUIZ.



Mi amigo Cur-
rinche.
LUIS AGUILE-
RA.



Un señor, un ladrón y un guardia.
A. RUIZ DE LA ROSA.



Dick Turpin.
R. J.



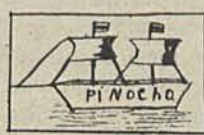
Currinche.
CARMEN SANZ.



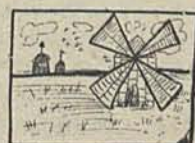
Una holandesa.
ANITA SERRA-
NO.



Mi gatito.
E. S. R.



Un velero,
M. DE LAS NIEVES ALONSO.



Faisaje.
LUIS VIDAL.



Mi posada.
ANGEL MULLER.



El mejor banderillero.
LUIS FERNÁNDEZ.

Sección PIRULA

PIRULA COSTURERA,



Una mantelería original.— En varias ocasiones os he indicado en estas secciones, mis queridas Pirulindas, modelos de

bordados, propios para mantelería de té, de desayuno o de campo. Hoy quiero hacer más; os voy a dar una idea que os permitirá confeccionar, a vosotras solitas, una mantelería completa, facilísima de ejecutar, muy moderna, muy graciosa y que —no descuidemos este detalle, siempre importante— os resultará por un precio ínfimo.

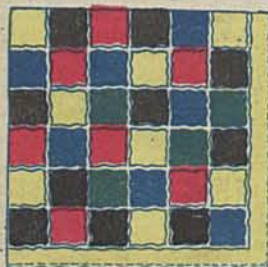
Para hacer esta mantelería basta con comprar unos cuantos pañuelos de esos ordinarios, de pueblo, de varios colores, de los que se llaman «pañuelos de hierbas», eligiéndolos, naturalmente, todos iguales, o, al menos, de dibujos y colores que armonicen entre sí.

Estos pañuelos —su número depende de su tamaño— se unen unos a otros mediante un entredós de bolillos, a ser posible de aspecto algo tosco, y con preferencia de color crudo.

Las seis o las doce servilletas correspondientes, son cada una un pañuelo más.

Conviene, para mayor perfección, rematar la labor, ribeteando lo mismo las servilletas que el mantel, con una puntillita o con un simple piquillo que haga juego con el entredós del mantel. Esta mantelería, muy propia para el desayuno, o para las comidas en la casa de campo, o para tomar el té en la intimidad, no desentona, os lo aseguro, tal es la gracia y el buen gusto de su conjunto, con una vajilla fina. Sin embargo, me parece que la completa mejor un servicio de esos de Talavera, cuyo coste es módico, y que son, a la vez, tan bonitos y tan pintorescamente españoles.

ANÉCDOTAS DE PIRULA



El tonto que quería comer pescado.—Un día, Mark Twain, que es un escritor norteamericano que ha escrito cosas muy graciosas, de las cuales, a lo mejor, habéis leído alguna, recibió una carta de un desconocido.

Bueno; claro está que Mark Twain recibía diariamente no una, sino una infinidad de cartas

de lectores; pero ésta le llamó especialmente la atención por la forma ridícula en que estaba escrita. El corresponsal desconocido pedía al famoso humorista su opinión respecto al siguiente tema: «¿Es cierto que el comer pescado tiene la virtud de desarrollar las facultades del cerebro?» Y Mark Twain contestó así:

«—Sí, señor; es cierto, a mi entender, que el pescado, en razón de la cantidad de fósforo que contiene, es un alimento muy propio para estimular la inteligencia humana. Por lo tanto, y a juzgar por su carta, le aconsejo a usted que se coma cuanto antes dos o tres ballenas, no muy grandes, pero sí de un tamaño regular.»

No sabemos si el otro señor siguió este consejo.

PIRULA, REPOSTERA

«Pudding» de sémola.—Yo no sé por qué será, pero el caso es que conozco a varias niñas a quienes no les gusta la sémola ni en la sopa, ni con leche, ni de ninguna otra de las mil maneras como se utiliza. Claro que esto no significa que estas niñas no la coman siempre que se la presenten en la mesa; al decir «niñas», equivale a decir «Pirulindas»; al tratarse de «Pirulindas», huelga decir que están bien educadas; y puesto que

están bien educadas, no puede darse el caso de que se permitan hacer en la mesa una cosa tan fea como sería el manifestar antipatía por cualquier manjar. Pero en confidencia, me han confesado que la sémola les es poco grata; yyo me he propuesto reconciliarlas con este alimento tan sano, de tan fácil digestión, tan nutritivo y que no es sino pasta de harina

de flor, reducida a granos muy menudos. Para lograr mi propósito, nada mejor que dar la receta de cierto «pudding» de sémola, tan sabroso que no hay niña que después de probarlo no eleve la sémola, en la lista de sus predilecciones gastronómicas, a la altura de los bombones de chocolate, las torrijas en almíbar o el mazapán de Toledo. Ahí va la receta:

Se ponen a cocer 85 gramos de sémola en 3 decilitros de leche; se añaden unos 40 gramos de azúcar. Cuando está cocida la sémola, se deja enfriar; luego se le añaden 30 gramos de pasas, un huevo entero más dos yemas y dos claras batidas a punto de nieve. Se echa todo esto en un molde untado de mantequilla y se mete en el horno, dejándolo media hora a fuego no muy fuerte. Antes de servir este «pudding» se cubre con jalea de grosella o de membrillo disuelta en un poco de agua.

